

Prólogo

ÁLVARO ALONSO

EN LA NOVELÍSTICA ESPAÑOLA del último medio siglo, la obra de Antonio Prieto es, sin duda, una de las aportaciones de mayor valor y originalidad. Desde que en 1955 ganó el premio Planeta con Tres pisadas de hombre, Prieto no ha dejado de renovar sus temas y sus técnicas narrativas, pero ha mantenido siempre una coherencia que lo convierte en una de las voces más inconfundibles de la narrativa española en las últimas décadas. Rebeca y los libros es, por ahora, su última novela y en ella vuelven a encontrarse algunos de los rasgos que mejor caracterizan toda su obra.

Uno de los más llamativos es la continua presencia de los libros como objetos materiales. Prieto es un bibliófilo que ha dejado constancia de su pasión en casi todas sus novelas. En Rebeca y los libros el lector encontrará continuas referencias a antiguas ediciones de textos españoles, italianos y latinos, e incluso un esbozo de un catálogo cuando el protagonista comienza a enumerar los libros que se encuentran en la biblioteca del tío Pablo (p. 85). La razón primera de esa bibliofilia omnipresente la ofrece el propio narrador (p. 28):

“Mi tío señalaba que era importante leer el texto en la fecha en la que se imprimió. Porque así se tenía en la mano un trozo del tiempo pasado en el que se compuso y fue actualidad”. Refiriéndose a la pasión por la arqueología, Paul Veyne observó alguna vez que todo objeto que nos llega del pasado es más asombroso que cualquier aerolito porque viene de un mundo más inaccesible que el más inaccesible de los cuerpos celestes. Los textos de Prieto comunican como pocos ese asombro ante los libros que han atravesado milagrosamente los siglos y que nos traen, como continúa diciendo el personaje, “el olor de un tiempo en el que fueron”.

Pero sería erróneo ver mera arqueología en la relación de Prieto con los libros. De hecho, la verdad es exactamente la contraria. Como novelista, pero también como filólogo y como teórico de la literatura, Prieto ha entendido siempre la lectura como un diálogo a través del tiempo, y así, ya desde el comienzo de la novela, el protagonista siente que su propio amor hacia Rebeca se expresa a través de las palabras de Garcilaso: “Extrañamente acudió a mi cerebro un verso, ‘Los ojos, cuya lumbre bien pudiera tornar clara la noche tenebrosa’”. Y cerrando el círculo, la novela termina prácticamente con otra cita garcilasiana, “Cuanto tengo confieso yo deberos”.

Esas dos referencias a Garcilaso, que enmarcan toda la historia, no son casuales, porque dos épocas han llamado siempre la atención de Prieto: la Antigüedad greco—latina por una parte, y el Renacimiento por otra. A la primera ha dedicado obras como El ciego de Quíos; en la segunda se ambientan algunas de sus mejores creaciones, como El embajador, centrada en la figura de Diego Hurtado de Mendoza, o el Libro de Boscán y Garcilaso, que reconstruye la vida

y la amistad de los dos poetas. Rebeca y los libros se sitúa en el siglo XX, aunque esa afirmación debe ser matizada, y casi corregida, a la luz de la idea que Prieto se forma de la historia y de la cultura. Es cierto que, de entrada, la ambientación de la novela corresponde a la segunda mitad del siglo pasado, y que el novelista da incluso fechas muy concretas, como la de 1975. Sin embargo, una reunión de estudiantes americanos se convierte de pronto en el banquete platónico (p. 53): “El lugar era conocido por la parte más activa e interesada de la facultad. Por ello nos sorprendió más la entrada totalmente embriagado, borracho, de Alcibiades, al que intentaba sujetar en pie el fareense Apolodoro”. La escena continúa durante tres o cuatro páginas en las que conviven personajes del diálogo platónico, como Aristófanes o Agatón, y otros, como el propio narrador que pertenecen a una época diferente. Me he referido antes a la concepción de la cultura como un diálogo a través del tiempo, pero en realidad sería más exacto hablar de un diálogo que anula el paso mismo del tiempo. Se trata de una idea que Prieto desarrolla en muchas de sus novelas y que explica, por ejemplo, que en La sombra de Horacio un personaje del siglo XX reciba consternado la noticia de la muerte del poeta latino. En sus textos teóricos, Prieto ha reflexionado sobre lo que él mismo ha bautizado como “la fusión mítica”, gracias a la cual un personaje del presente puede convivir con otro del pasado, o incluso identificarse con él. En esa proyección recíproca, las dos personalidades alcanzan una vida más intensa porque la que corresponde al pasado se revitaliza en nuestra actualidad y el personaje actual escapa a sus limitaciones temporales y adquiere un espesor histórico que lo hace más libre y más profundo.

La evocación del banquete platónico da ocasión al novelista para introducir todo un capítulo, "Del amore de Ficino", que es una sugerente reflexión sobre el sentido y los antecedentes del soneto de Francisco de Aldana "¿Cuál es la causa, mi Damón, que estando". Unas páginas después, la irrupción de la mítica Fedra, "hermana de Ariadna", en la consulta del tío Pablo da pie para otra reflexión literaria, en este caso, sobre las tragedias de Séneca. Y más adelante hay muchas páginas dedicadas al Amadís, a Diógenes Laercio, a Keats y a Shakespeare. Novela y ensayo desdibujan sus fronteras, tal y como explícitamente proclama el propio narrador: "Pues entendía que al igual que la Historia necesitaba de la amenidad narrativa para cortar su erudición, la narración literaria pedía la contaminación del ensayo para no caer en historietas bien o mal seleccionadas" (p. 117).

Fácilmente se deduce de todo lo anterior que esta novela de Prieto (pero, en realidad, toda su obra) podría llevar el mismo subtítulo que el escritor antepone a uno de sus últimas recopilaciones ensayísticas: Penúltimo cuaderno. Una defensa de la cultura humanística. Defensa, piensa el autor, absolutamente necesaria, ahora que ese espacio trascendente de diálogo y libertad se ve amenazado por una modernidad (¿o habría que decir una post—modernidad?) que casi ha terminado por destruirlo. La polémica contra el mundo actual es una constante en las últimas obras de Prieto, porque el novelista (como ya Petrarca) se siente ajeno a su presente, representado aquí por la máquina que destruye los libros y los reemplaza por una tarjeta de memoria.

Otro aspecto importante de la obra de Prieto es su autobiografismo. De nuevo, el novelista es muy consciente de su propia poética y la incorpora, como de pasada, a las páginas

de su novela. En su conversación con Orson Wells el narrador comenta: "Empezaba a entender en la obra de Shakespeare, que todo autor siempre habla de sí mismo ..., habla o escribe de lo que realizó o le gustaría realizar con tanto ahínco que piensa que ya lo ha hecho o está haciéndolo" (p. 126). De forma más precisa aun: "Con lo que se comprende el valor de la autoficción como más o menos verdad frente a una narrativa descriptiva o socio histórica de corta comunicación" (p. 84). Naturalmente, es difícil, si no imposible medir el alcance de ese "más o menos verdad", es decir, precisar el grado de transfiguración literaria a la que el autor somete su propia vida. Pero la base autobiográfica es innegable. Basta el más elemental conocimiento de la vida del novelista para saber que mantuvo con Martín de Riquer, Helmut Hatzfeld o el librero Luis Bardón una relación tan estrecha como la que sugiere su novela. Pero incluso el lector más desprevenido sabe que se trata de personajes reales que aportan una nota de verdad (de verdad histórica y no solo poética) a las páginas del libro. Claramente autobiográfico es el viaje a Madrid del protagonista, alter ego de Prieto, él mismo, como su personaje, estudiante de medicina, llegado a la capital desde el sur. De hecho, la adolescencia del personaje a orillas del Mediterráneo es también una transposición de los primeros años de la vida del autor, nacido en Águilas, en la provincia de Murcia. Ficción, autobiografía y, como hemos visto, ensayo se entrecruzan de una forma que recuerda a la mejor novelística contemporánea (y basta pensar en Francisco Umbral), pero también a géneros clásicos, como la sátira latina, que Prieto ha estudiado en su condición de filólogo y que sin duda ha influido en su obra novelesca.

No obstante, precisamente el escenario mediterráneo de la novela, al que acabo de referirme, nos da la medida que hay entre la pura autobiografía y su recreación novelesca. Es difícil saber si personajes como Manuel Pedrolo o Anica corresponden a la biografía real del novelista; pero hayan sido o no criaturas de carne y hueso sirven para construir un escenario utópico de armonía y de serenidad. En ese mundo suele aparecer una figura materna o, más frecuentemente, paterna que, como el tío Pablo de la novela, aconseja, orienta o consuela al joven protagonista. Junto a esos sólidos lazos familiares, un segundo elemento, la presencia del mar, es casi inevitable en esa reconstrucción del pasado de la infancia y la adolescencia. Es algo que ocurría ya en Elegía por una esperanza de 1962, y más tarde en varias otras novelas, como Isla blanca o Reliquias de la llama. En ese escenario embellecido por la memoria, y en una ciudad de Nueva York no menos idealizada, se mueve el joven protagonista. Su peripecia la evoca un narrador ya anciano, cuya nostalgia da lugar a algunos de los pasajes más intensos de toda la novela: "las recordé como quien ya se reconoce hundiéndose en la nada del silencio y necesita agarrarse a algo del pasado perdido para respirar entre los vivos".

El eje de esa juventud evocada es una historia de amor, elemento imprescindible, y central, de toda la novelística de Prieto. Una historia que se concibe siempre como la búsqueda de un ideal femenino, tal y como explica el protagonista a propósito de Garcilaso, que declara su amor "a una joven vecina toledana, a la que empreñó fácilmente, o a Isabel Freire ... o a una mimosa y dulce napolitana a la que escondió bajo suspiros del Danubio y ¡y qué más da su enumeración nominal cuando todas fueron la misma"'.

Esa indiferencia por el nombre propio aparece en otras novelas de Prieto, ya desde sus obras más tempranas, como Encuentro con Ilitia. Los dos protagonistas pasan por varios pueblos en su viaje en tren hacia Madrid.

Cabe sospechar que esa falta de interés por el nombre tiene una profunda significación y que se relaciona con la visión del mundo que propone el novelista. En otro lugar he apuntado que Prieto es un platónico para el que las Ideas, o las Esencias, son mucho más importantes que los individuos concretos y sus nombres. Rebeca es una y todas las mujeres, algo así como el arquetipo ideal de la Amada. De manera que Rebeca y los libros se entrelazan estrechamente porque Rebeca está ya en los libros; de ella hablan, o a ella se dirigen, los versos de Garcilaso o de cualquier otro poeta enamorado:

“— ¿Sabes a quién se dirigía el poeta?— insistió.

—A una joven chica como tú. Alguien que tenía tu edad y tu rostro.

Creo que me entendió, y que aquel endecasílabo de Garcilaso estaba escrito para Isabel, o para María, o qué más daba. Para una joven que tuviera amor y tiempo para sentirlo y amar”.